

## Defender la vida: verdades e hipocresías

El presidente Calderón Sol —y sus colegas centroamericanos— se ha presentado como enemigo acérrimo del aborto y defensor de la vida antes de nacer. El hecho no es del todo sorprendente porque los movimientos en favor de la vida y en contra del aborto son por lo general derechistas —y también agresivos, al punto de que hace pocas semanas miembros de uno de esos movimientos en Estados Unidos llegaron a asesinar a un médico por practicar el aborto. Y tampoco es sorprendente porque en el contexto de El Cairo han podido defender una tesis correcta —la antiabortista— y así ignorar eficazmente otras no menos correctas y necesarias.

Dicho esto, sin embargo, tal actitud no deja de ser sospechosa y hasta hipócrita, porque si algo no han defendido los gobiernos salvadoreños y el partido ARENA ha sido la vida. Y, además, si pretenden ahora aparecer del lado del Vaticano en El Cairo, habrá que recordarles que miembros de ARENA y de las fuerzas armadas dependientes de sus gobiernos desataron una cruel persecución contra la Iglesia, incluido el asesinato de Monseñor Romero y de los jesuitas de la UCA, sin que hayan entonado un sincero *mea culpa*.

Sobre todo esto volveremos, pero antes queremos decir unas palabras sobre cómo está la vida en nuestro país y en nuestro mundo y qué significa defenderla, pues éste es el contexto real de la campaña de Calderón Sol y esto es lo que está en juego en la reunión de El Cairo.

\* \* \*

El Génesis comienza con estas bellas palabras: “vio Dios que todo era bueno”, y, en efecto, allí se cuenta que la creación le salió bien a Dios. Con esfuerzos y problemas, ciertamente, se dice que la vida era posible. Ahora, sin embargo, las cosas han cambiado mucho y hemos llegado al punto de preguntarnos si la *especie humana* tiene futuro, si es posible, siquiera, sobrevivir en el planeta, pregunta que no tiene nada de especulativa —como si de averiguar la posibilidad de vida humana en Júpiter se tratara—, sino con un fundamento muy real.

Cada año mueren en el mundo más de 30 millones por causa del hambre y de enfermedades relacionadas con el hambre. De guerras estamos ya hartos, pues después de la segunda guerra mundial ha habido más de cien, prácticamente todas ellas en el tercer mundo, y con un número total de víctimas que según algunos se eleva al número de muertos de la segunda guerra mundial. En la actualidad hay más de cien millones de refugiados, crece el empobrecimiento y el hacinamiento inhumano de miles de millones en las megápolis. Y aquí entre nosotros, baste recordar que el 67 por ciento de la población vive en severa pobreza —y los pobres, no los ricos, saben muy bien qué es lo que esto significa.

La conclusión es que la vida para dos terceras partes de la humanidad está muy mal. La creación no le está saliendo a Dios nada bien. Y por ello no estará de más recordar sus palabras cuando miró la redondez de la tierra: “le pesó a Yahvé de haber hecho al hombre en la tierra y se indignó en su corazón” (Gen 6, 6). Palabras antropomórficas, cierta-

mente, pero útiles para expresar lo mal que estamos.

La especie humana está mal porque le cuesta sobrevivir. ¿Y la familia humana? Si nos preguntamos cómo vivimos los humanos unos con otros, si bien avenidos o no, si con mutuo conocimiento, con cariño y con justicia o no, la respuesta es pavorosa. Ni queremos ser los unos para los otros ni nos alegramos de vivir unos con otros. Y es que a los que viven opulentamente, sólo les interesa —con notables excepciones— seguir viviendo así. No les preocupa que haya pobres. Quisieran mantener la ficción de que no los hay o el autoengaño de moda de que el rebalse operará el milagro y dejará de haberlos.

Y si alguien les dice que esos pobres son “hermanos y hermanas” suyos les sonará a chiste de mal gusto, y peor sonará si los llamamos “hijos e hijas de Dios”. En países secularizados, este lenguaje les trae sin cuidado a los ciudadanos. Pero lo mismo ocurre en países como el nuestro en que generales y gobernantes invocan al “Todopoderoso”, o en países que han inventado aquello del *In God we trust* —ingeniosa forma, por cierto, de convertir en buenos amigos a dos irreconciliables enemigos según Jesús de Nazaret: Dios y las riquezas.

Es cierto que sobre el papel, los pobres de este mundo parecen miembros de pleno derecho de la familia humana, pues nunca han tenido más dignidad que ahora —pero sólo en el papel. En la realidad siguen teniendo muy poca, si alguna. Hasta el día de hoy haber nacido humano y “a imagen y semejanza de Dios” no es lo que otorga dignidad. Sigue siendo verdad lo que decía Ellacuría: “Para tener dignidad y gozar de derechos humanos es más importante haber nacido en Boston, en París o en la colonia San Francisco que en Ruanda, en Calcuta o en un cantón de Cabañas”. Los pobres y las víctimas son desconocidos y ninguneados, oprimidos y exprimidos, distanciados y despreciados. La conclusión es que la especie va mal y la familia humana peor.

Y si nos preguntamos, por último, cómo va la *solidaridad humana* el panorama se ensombrece y la esperanza decae todavía más. Porque resulta que la ingente pobreza de las dos terceras parte del mundo

es evitable. Hay suficientes recursos y conocimientos para asegurar la vida de todos, como lo reconoce el documento preparatorio de la reunión de El Cairo. Si el problema no es, entonces, de falta de recursos ni de conocimientos técnicos, es que el mal proviene de otras fuentes: de un inmenso egoísmo de unos pocos.

Los países poderosos que controlan Naciones Unidas, el club de los siete, la Unión Europea —oligarcas, políticos y militares en ascenso entre nosotros— se preguntan, sí, cómo hacer para que los otros puedan vivir, pero su interés fundamental es cómo hacer para que ellos, los pocos, sigan viviendo en la opulencia. Lo que sus políticos siguen ofreciendo a quienes les pueden votar no es la austeridad para que todos puedan vivir, sino mantener la sociedad del bienestar, que por definición sólo puede ser para unos pocos, y mejorar —¿todavía más?— “la calidad de vida”. Y así no hay solución.

Sólo si promovemos la civilización de la pobreza —de la austeridad, al menos—, puede haber solución. Pero ello es milagro mayúsculo, y, por eso, cuando leemos que hay solución para la pobreza de nuestro mundo, antes que esperanza sentimos indignación y vergüenza. Sabemos y podemos, pero no queremos. No nos da la gana que la gente pueda vivir en nuestro planeta y en nuestro país. Ni somos hermanos, ni somos solidarios. Y, para quien haga estas reflexiones desde la fe cristiana, debe concluir que ni creyentes somos.

\* \* \*

En este transfondo de realidad —y no desde la palabrería de nuestros gobernantes— hay que analizar la campaña del presidente contra el aborto y en defensa de la vida. Y sobre ello queremos hacer tres reflexiones.

La primera es que las cosas están mal ya ahora, y de hecho —dado el egoísmo humano y salvo milagro— estarán peor en quince años con el aumento notable de población. Es comprensible, pues, que cunda la alarma y esto es lo que simboliza El Cairo. Se ofrecen allí varias medidas posibles y se aborda el tema de la planificación familiar responsable, lo que en sí mismo —otra cosa es el modo de hacerlo— es aprobado, y aun exigido, también por la

Iglesia católica. Los hados, sin embargo, hicieron que todo se concentrase en el problema del aborto, y ahí comenzó una interminable discusión en la que tomó partido nuestro presidente.

El problema es grave, pues moral, humana y aun físicamente el aborto es un grave mal en sí mismo y produce graves subproductos negativos, como lo afirma la Iglesia. Por otra parte, la casuística subjetiva puede ser también desgarradora, y la legislación varía de país en país, más en contra o más a favor del aborto según los países. La realidad, además, da que sí hay abortos reales —pueden llegar a 50,000 al día— y que la mera condena ética (o la exaltación de la libertad de abortar) no cambia esa realidad. Si, ya que son reales, la sociedad no ejerce ningún control sobre ello (como según Agustín y Tomás puede controlar la prostitución real), aumentarán los subproductos negativos. Dicho con un ejemplo, si una mujer decide abortar —de lo cual debe dar cuenta en conciencia no sólo ante sí misma, sino también ante Dios y ante los demás—, si es rica, podrá hacerlo sin riesgos, y si es pobre, aumentarán los riesgos y el peligro de muerte.

No pretendemos ahora abordar la problemática ética, existencial y legal del aborto, pero sí llegar a una conclusión mínima: el tema es muy delicado, pero, en cualquier caso, el aborto no debe ser concebido desde el control demográfico ni como modo de facilitar una solución al problema de supervivencia de la familia humana. Así lo reconoce también explícitamente el documento preparatorio de El Cairo, y en ese sentido, algunas reacciones al documento no han sido, en nuestra opinión, suficientemente ponderadas. De todas formas, si realmente los presidentes toman todos estos factores en cuenta y defienden la vida de los no nacidos harán un gran servicio.

La segunda conclusión va por otra línea, y comienza a descubrir la hipocresía de la postura gubernamental. Por la forma de comportarse en el día a día de la historia, lo que más preocupa a los poderosos del planeta es mantener y acrecentar la buena vida de las minorías y no en directo hacer posible la vida de las mayorías, aunque esto no lo excluyan e incluso lo consideren conveniente para mantener lo primero. Y su preocupación se convierte en miedo porque su bien vivir proviene, en

gran parte, de explotar a los pobres del mundo, pero manteniéndolos a distancia.

Esa distancia va desapareciendo porque el hambre está empujando hacia el norte con fuerza irresistible a los pobres del sur. Europa tiene miedo de ser invadida por africanos y Estados Unidos tiene miedo de ser invadido por latinoamericanos —especialmente haitianos debido al racismo— y asiáticos. Es cierto que seguirán recibiendo a los que son necesarios para hacer los trabajos duros y sucios que ellos no quieren hacer, pero a nadie más. En este sentido son muy atinadas, al menos como juicio general, las palabras de Mons. Rivera a propósito del documento de El Cairo:

Predomina una visión individualista y egoísta de los países ricos, dejando prácticamente en el



olvido valores como el amor, la solidaridad y la justicia. Dicho en otras palabras, El Cairo puede darnos recomendaciones que aseguran el bienestar y la tranquilidad de los países ricos a costa de los países del tercer mundo. Eso de ninguna manera puede llamarse desarrollo humano (Homilía del 4 de septiembre).

Y esto sirve muy bien para nuestra realidad salvadoreña. El presidente se ha declarado acérrimamente en favor de la vida de los *no nacidos* —loable resolución. Pero lo que todo el mundo se pregunta en El Salvador es qué hace el gobierno en favor de los *ya nacidos*, qué hace para frenar el empobrecimiento y el desempleo de los adultos, para facilitar su salud, vivienda, alimentación... Y qué hace, sobre todo, en favor de aquellos que, por su invalidez e indefensión, más se asemejan a los no nacidos: los niños, desnutridos, con mínima educación y salud; los ancianos, desprotegidos, abandonados; los lisiados, sin pensiones ni trabajo; las mujeres, las olvidadas de siempre...

La hipocresía que descubre Mons. Rivera en la relación entre países ricos y pobres es la misma que se descubre en la relación entre ricos y pobres en nuestro país. El neoliberalismo, es decir, el capitalismo de siempre, el de Cristiani y el de Calderón Sol, ha hecho más ricos a los ricos y más pobres a los pobres.

La tercera y última reflexión podría ser un ejemplo de picaresca local, sino fuese porque lo que está en juego es trágico y no cómico. Nuestro gobierno, en efecto, se ha extremado ahora en aparecer del lado del Vaticano, y suponemos que habrá calculado bien los beneficios que eso le puede aportar, porque no suele ser ésta su política. No se hace campaña, por ejemplo, en favor de las encíclicas sociales de Juan Pablo II contra el capitalismo, ni en favor de la opción por los pobres de Medellín y Puebla, aunque Cristiani dijo que su gobierno defendería a los más pobres de los pobres

—lo cual no se lo ha creído nadie. Pero ni siquiera se cumple el octavo mandamiento y su exigencia de no mentir. En el país, en el anterior gobierno y también en el actual se oye que las cosas no van tan mal y que pronto mejorarán.

Todo lo anterior justifica hablar de hipocresía cuando el gobierno se decide a defender políticas vaticanas. Pero de la hipocresía se pasa a la desfachatez cuando ese gobierno es de ARENA, y cuando, por mencionar sólo un ejemplo, el fundador de ese partido ha sido responsabilizado por el arzobispo de San Salvador y por la Comisión de la Verdad de Naciones Unidas, entre otros, de haber ordenado el asesinato de Monseñor Romero. Y este partido no se ha excedido —si se nos permite la ironía— en presentar condolencias a la Iglesia por los sacerdotes, religiosas, catequistas y miles de salvadoreños asesinados por la Fuerza Armada, cuerpos de seguridad y escuadrones de la muerte.

\* \* \*

“Es preciso defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida”, decía Monseñor Romero. Esto se hará realidad sólo si tenemos ante los ojos a los más privados de vida y nos volcamos a darles vida. Mientras haya dinero para armas —el 90 por ciento de ellas están en manos de los cinco países del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas— y no lo haya para alimentación, El Cairo pondrá parches, pero no dará soluciones. Y mientras en El Salvador un rico valga por cincuenta pobres, las declaraciones presidenciales serán papel mojado.

Ha habido otros que han dicho mejor las cosas y han trabajado por ellas. “No sean como el rico Epu-lón ante el pobre Lázaro”, decía Jesús. Es necesaria una “civilización de la pobreza”, clamaba Ellacuría. Pero, claro, los mataron.

J. S.